

Laura Meseguer

METIENDO CODOS

Voces y confidencias de la mejor generación
del ciclismo español

la esfera  de los libros

Índice

<i>Prólogo.</i> Los años dorados del ciclismo. Por Pedro Delgado ..	11
1. Metiendo codos	15
2. El broche de oro	43
3. El infierno del norte	89
4. Los emigrantes	115
5. Las primeras balas del Pistolero	133
6. La trama	173
7. Fuimos invencibles	201
8. Los irrepetibles	219
9. Los más fieles	247
<i>Epílogo.</i> Por Pedro Horrillo	267

Prólogo

Los años dorados del ciclismo. Por Pedro Delgado

Si preguntásemos a la gente por la calle cuál fue la época dorada del ciclismo español, creo no equivocarme, si casi por unanimidad todos dirán que la época de Indurain, enlazando con la mía. Si esa misma pregunta se trasladase a los más seguidores del ciclismo, muy posiblemente coincidan con esa idea general, el periodo Delgado-Indurain. Si continuamos con la misma cuestión y se lo planteamos a los medios de comunicación, me extrañaría mucho que la respuesta fuese otra.

Hay muchos factores para pensar así, el primero, el concepto del ciclista en España. Es un corredor que lucha por las grandes carreras, las de tres semanas, es decir Giro, Tour y Vuelta, y el resto de las competiciones que hay en el ciclismo pasa bastante desapercibido o para muchos ni existe. Ahí encontramos corredores como Bahamontes, Ocaña, Fuente... que marcaron y diseñaron el perfil del prototipo de ciclista hispano. Un ciclista escalador, luchando las etapas de montaña o esa clasificación general o corredor escapado en pos de la victoria, muchas veces o habitualmente sin éxito. Historias contadas principalmente por la prensa escrita y un poco menos por la radio o la televisión, prácticamente inexistente hasta los años ochenta.

Llegamos a mi época, los años ochenta, España empieza a crecer a nivel económico y empezamos a sentirnos ciudadanos del mundo. Éramos de segunda categoría, pero daba igual, comenzamos a descubrir qué hay al otro lado de las fronteras hispanas. En el ciclismo, en 1983, con mucho esfuerzo, empezamos a imitarles, pues aparecen las primeras transmisiones en directo por televisión y radio de los últimos kilómetros de las etapas de la Vuelta a España. El país se quedó impresionado con las imágenes de la ascensión y belleza natural de Los Lagos, de las distintas batallas que sucedían en cada una de ellas, donde los españoles Álvaro Pino, Lejarreta, Alberto Fernández y Gorospe, entre otros, estaban poniendo contra las cuerdas al astro del pedal de ese momento, Bernard Hinault.

El éxtasis de esa Vuelta, como en los años sucesivos, hizo que la gente en los bares y las calles hablasen de ciclismo, como lo hacían y hacen del fútbol. Un hecho importante es que solo había dos canales de televisión en nuestro país, La 1 y La 2 de TVE, por lo tanto, aficionados o no aficionados, amas de casa, abuelos y abuelas se sentaban delante del televisor a ver «qué echaba» esa caja mágica. Esa semilla del 83 llegó a su momento de esplendor cuando gané la Vuelta de 1985 y, posteriormente, el Tour de 1988. España ya no es un país de segunda categoría, ya es, nos sentíamos, de primera. Más tarde, en medio de esta «borrachera» de ciclismo a cargo de los miles de aficionados, de medios de comunicación, de una economía viento en popa, llega Miguel Indurain y gana cinco Tours y dos Giros de Italia; España con los Juegos Olímpicos de Barcelona, la Expo de Sevilla... ya no está en Primera Clase, sino en Preferente. Somos un país ganador.

Los herederos de Indurain: Olano, Heras, el Chava entre otros, triunfan, pero no al nivel del navarro. Aparecen las televisiones privadas con nuevas fórmulas de entretenimiento. La radio, otra parte importante en el ciclismo, va perdiendo fuelle. El ciclismo español está en crisis, se podría pensar, pero no es así, aparece otro perfil de corredores, los clasicómanos, los esprínte-

res, tipo belgas o italianos, a quienes se les atragantan las clasificaciones generales, pero con una gran capacidad para ganar las carreras en el día al día. Así surge la que para mí es la edad de oro del ciclismo español. Ahí está Freire ganando su primer Mundial en 1999 o clásicas como la Milán San Remo; Samu Sánchez los Juegos Olímpicos del 2008, Iban Mayo, David Etxebarria, Joaquim Rodríguez, Carlos Sastre, Óscar Pereiro, Juan Antonio Flecha y especialmente dos auténticos e irrepetibles cracks, Alberto Contador y el incombustible Alejandro Valverde. España tiene caballos ganadores para cualquier tipo de terreno, no solo para las grandes vueltas o carreras de una semana. Las clásicas, inalcanzables en nuestra época (tanto Indurain como yo fuimos cuartos en la Lieja), por no hablar de los Mundiales, que en ocasiones conseguíamos alguna medalla, pero no éramos la selección a batir como en los inicios del siglo XXI.

Pero esa Edad de Oro no llega al público en general, hoy en día en España hay infinidad de canales de televisión, la atención mediática está más diversificada pues también tenemos otros grandes deportistas en otras especialidades, también otros entretenimientos de la mano de Internet y esa generación de oro irrepetible del ciclismo no alcanza el reconocimiento que muchos de nosotros tuvimos.

Freire o Valverde, si hubiesen sido belgas o italianos, serían dioses del Olimpo y en nuestro país suenan los nombres, pero en las cabezas de esos aficionados están Indurain o Contador, corredores de Vuelta, Giro o Tour y lo que son las grandes clásicas, Mundiales, les suena muy lejano o no les suena.

1

Metiendo codos

Tras los éxitos de Pedro Delgado y Miguel Indurain, que concedieron otra dimensión al ciclismo en España, dotándolo de enorme popularidad, se forjó una generación ciclista que dio el salto al profesionalismo alrededor del año 2000. No se la esperaba y sin embargo fue la mejor generación que ha tenido el ciclismo español. Fue la conocida como generación de oro, tan versátil que enriqueció la cultura ciclista en España, generando interés más allá del Tour de Francia. Una maravillosa coincidencia de magníficos corredores, pioneros en escenarios hasta entonces escasamente inspeccionados y nunca conquistados por el ciclismo nacional. Tres nombres han liderado esta generación: Alberto Contador, Alejandro Valverde y Joaquim «Purito» Rodríguez, que agrandaron aún más su leyenda gracias a sus contemporáneos Óscar Freire, Carlos Sastre, Samuel Sánchez, Luis León Sánchez y tantos otros. Con ellos, España comenzó a interesarse por el ciclismo desde el mes de marzo hasta finales de septiembre; por las clásicas de un día, por los adoquines y por los Mundiales, y comenzó a acostumbrarse a ver ganar a los suyos en las grandes vueltas por etapas. Entre sus éxitos más destacados lograron un total de 11 victorias en grandes vueltas por etapas y 22 plazas de podio, 29 victorias en las Clásicas, nueve de ellas «monumentos»

ciclistas como la Milán-San Remo y Lieja-Bastogne-Lieja o el Giro de Lombardía, cuatro Mundiales de Ciclismo en ruta, un oro olímpico y más de una veintena de carreras por etapas de primer nivel.

Aquellos primeros años se enmarcan en una época de bienes para el ciclismo español, que se alimentaba de un campo *amateur* en el que había cantidad y calidad, y cada año pasaba a profesionales más de una treintena de corredores. Era el reflejo de la buena salud del ciclismo profesional, en el que existían once equipos españoles y había un amplio calendario nacional. Los ciclistas españoles eran mayoría en el pelotón. Desde el año 2006, en el que llegó a haber nueve equipos profesionales: Caisse d'Epargne, Euskaltel-Euskadi, Liberty Seguros-Würth/Astana, Saunier Duval-Prodir, 3 Molinos Resort, Andalucía-Paul Versan, Comunidad Valenciana, Kaiku y Relax-GAM, la desaparición de equipos fue un goteo constante. La crisis económica fue uno de los motivos, pero sobre todo la mala situación que vivió el ciclismo en España, golpeado especialmente por la Operación Puerto, por la que en 2006 se desarticuló una red de dopaje liderada por el doctor Eufemiano Fuentes, así como otros escándalos de dopaje. Precisamente, lo insólito de esta edad de oro radica en que, siendo la mejor, se enmarca en la peor época que ha vivido este deporte en España y parte de Europa. España ha tenido a los mejores ciclistas del mundo y la mayoría de ellos han tenido que desarrollar su carrera en el extranjero.

El Purito

Fue una cantera prodigiosa, cuyo epicentro se encontraba en el País Vasco, donde se concentraban la mayoría de los equipos y corredores aspirantes a ciclistas profesionales. Hasta allí había que trasladarse para hacerse un hueco en alguno de los grandes equipos de ciclismo aficionado, como el Iberdrola, Cafés Baqué,

Pinturas Banaka, Kaiku, Olarra o el navarro Banesto, y competir así contra los mejores de la categoría. Al equipo Iberdrola llegó Joaquim Rodríguez (Barcelona, 1979), con diecinueve años en 1999, tras un año en el equipo Hospitalet-Vestisport. Su director en el equipo catalán, José Martínez «Chicho», le aconsejó irse al País Vasco para progresar en el ciclismo. La figura de Martínez fue una de las más influyentes en su carrera profesional, así como en su vida personal. El propio Joaquim le señala como el mejor director que ha tenido y como un gran apoyo durante todos sus años como ciclista profesional. Le llama cariñosamente *padrino*. «Siempre he sido ateo, pero me casé por la iglesia. No estaba ni bautizado, por lo que fue lo primero que me dijo el cura que tenía que hacer. Llamé a todos mis amigos porque necesitaba un padrino y ninguno se lo creyó, pensaban que les estaba tomando el pelo y el único que vino fue Chicho. No vinieron ni mis padres a mi bautizo, se pensaban que era broma... Mi padrino esperó escondido en el coche y hasta que no me vio aparecer, no salió. No se fiaba. Ese día me hicieron el bautizo, la comunión y la confirmación. Una semana antes de casarme. Desde entonces Chicho quedó bautizado como *padrino*».

La anécdota sirve de retrato de un Joaquim Rodríguez al que quien le conoce le tilda de buena gente; una persona jovial, campechana y temperamental; un guasón en toda regla. Y a poco que se hable con quienes compartieron carrera con él, todos coinciden en lo mismo: no esperaban que fuese a llegar tan lejos. Así lo cuenta su exdirector deportivo en el equipo ONCE Manolo Saiz, con quien pasó a profesionales en 2001. «Purito viene de una escuela donde la máxima es el trabajo. Yo pensaba que iba a ser un corredor extraordinario para luchar por victorias de etapas, para clásicas como la Flecha Valona, la Lieja, pero no le imaginaba disputando un Giro de Italia». Joaquim Rodríguez es uno de los máximos exponentes de esta generación de oro. Si bien pudo comenzar su carrera como «cazaetapas» en la París-Niza, en la Vuelta a España y en carreras de un día, hasta que se liberó de su

papel de gregario tras cuatro temporadas al servicio de Alejandro Valverde en Caisse d'Epargne, no alcanzó el éxito. Fue podio en las tres grandes vueltas y estuvo muy cerca de ganar tanto el Giro de Italia como la Vuelta a España en 2012; logró además la victoria en la clásica belga Flecha Valona e inauguró el casillero español en el Giro de Lombardía, con dos victorias consecutivas en 2012 y 2013. Fue también número uno del *ranking* UCI World Tour en 2010 y 2013. «No pensaba que pudiese llegar a donde he llegado», reconoce el catalán. «Yo de *amateur* ganaba carreras de un día. Por eso mi sueño siempre ha sido ganar una Lieja o una clásica de un día, porque es donde puedo pensar y moverme bien con el nervio ese que tengo. Era donde más disfrutaba. No me esperaba en la vida haber llegado tan lejos en las grandes vueltas». La excepción es Joxean Fernández Matxín, quien fue director del catalán en el equipo Saunier Duval-Prodir durante las temporadas 2004 y 2005: «Cuando fichamos a Purito dije que podía ser podio en una gran vuelta en un futuro y se me tachó de vendehúmos (...). Cuando estuvo con nosotros quiso correr el Tour de Francia, pero yo consideré que no estaba aún preparado para luchar por la general. En la Vuelta a España de 2005 ganó la clasificación de la montaña, pero sufrió muchísimo la última semana. Todo era cuestión de adaptación y crecimiento deportivo, como se ha terminado viendo».

Su padre, Manuel, fue ciclista *amateur* en los años setenta y entre 1979 y 1981 fue director del equipo ciclista profesional Colchón CR, donde Álvaro Pino inició su carrera y logró una victoria de etapa en la Vuelta a España de 1981. Fue él quien inculcó la pasión por la bicicleta a sus tres hijos varones Víctor, Joaquín y Alberto, no con la ambición de convertirles en ciclistas profesionales, sino de distraerles de la vida nocturna e interesarles por una vida sana y deportiva. Por ello se preocupó de que aquellos primeros años la bici fuese una diversión y no se lo tomaran demasiado en serio, al menos hasta que llegasen a la categoría *amateur*. «Un día, siendo un niño, Joaquín estuvo

gran parte de una carrera escapado, hasta que le cogieron y no pudo ganar. Fue en Calella. La ambición que ya entonces tenía, y la reacción propia de la edad, le hicieron romper a llorar. Para que aprendiera que, a esa edad, las carreras deben ser un juego, su padre cogió la bicicleta y la tiró a un contenedor. «Le dejé varias carreras sin competir, porque no quería que se tomara el ciclismo en serio hasta que fuera *amateur*», recordaba Manuel Rodríguez al periodista Josu Garai, del diario *Marca*, en el año 2012. «De esta forma Joaquín llegó entero al campo profesional».

Cuenta Joaquim Rodríguez que el primer año que pasó a profesionales fue «a verlas venir». El equipo Iberdrola, dirigido por Juan González y Peio Garaialde, era el referente y el sueño de todos los juveniles. Aunque no era oficialmente filial del equipo ONCE, sí fue su vivero de jóvenes promesas durante todos aquellos años. En esa época no había necesidad de correr fuera del País Vasco, ya que la región ofrecía un amplio calendario con el torneo Lehendakari y el torneo Euskaldun, que en verano se veía reforzado por las carreras que organizaba cada pueblo en fiestas. Joaquim, que aún no tenía el carné de conducir, iba con su compañero Xavi Florencio y disfrutaba pasando largas temporadas allí. Se instalaron en un piso que tenía Garaialde en Azpeitia y en el que convivían las jóvenes promesas llegadas de fuera. En el equipo estaban además Iván Gutiérrez, Juanjo Oroz, Gorka González y Juanma Gárate, entre otros. «Llegaba el lunes y Floren me decía que se bajaba a casa y yo decidía quedarme una semana más. Era como una aventura. La primera vez que salía de mi casa, sin mis padres, viviendo con amigos y 25.000 pesetas para tres meses. Sin teléfono ni nada».

En el equipo Iberdrola pasará dos temporadas conociendo el oficio antes de dar el salto al profesionalismo. A finales de 1999 sus compañeros Iván Gutiérrez, que acababa de proclamarse campeón del mundo de contrarreloj sub 23 en el Mundial celebrado en Verona, Juanma Gárate y Gorka González pasaron a profesionales en los equipos ONCE, Lampre y Euskaltel. Como

su nivel era similar al de sus compañeros, se dio cuenta de que tenía posibilidades de ser profesional. Al año siguiente se centró y logró la victoria en el Memorial Valenciaga y en la Subida a Gorla, que un año más tarde ganaría un tal Alberto Contador.

Ese mismo año, en el mes de abril, Manolo Saiz firmó con él su pase a profesionales más adelante, en 2001, con el equipo ONCE, la escuadra más puntera de la época. El equipo fue creado en 1989 por Manolo Saiz y Pablo Antón, con patrocinio de la ONCE y un año después gracias a Marino Lejarreta y Melchor Mauri comenzaron a llegar los primeros resultados importantes. Por allí pasaron además el suizo Alex Zülle y el francés Laurent Jalabert. En el equipo ONCE de 2001, Joaquim tenía en quien fijarse: Abraham Olano, Joseba Beloki y los hermanos González de Galdeano. «El cambio es muy bestia», recuerda Joaquim. «Mis preocupaciones hasta ese momento habían sido la consola, las niñas y la música, y llegas a un equipo en donde escuchas un nivel de conversación de adultos. Los corredores llamaban a sus hijos antes de acostarse y a mí me llamaban mis padres». En aquellos primeros meses de competición le tocó compartir habitación con Marcos Serrano. Es una práctica habitual en el ciclismo profesional el hacer compartir habitación a los veteranos del equipo con los más jóvenes, para que los primeros ayuden en la adaptación y ejerzan de guía de los segundos. «Yo no sé si lo hacían para putearme o qué, porque Marcos era un tío muy serio. No me pasaba ni una. En mi primera París-Niza ese mismo año, recuerdo que tumbado en la cama comenté las ganas que tenía de subir el Col de la Croix-de-Chaubouret, al día siguiente; “un puerto de verdad”, dije. Me montó un pollo diciéndome que qué me pensaba que era lo que habíamos subido hasta ahora. Y yo, que lo que tenía eran ganas de sentirme Pantani, Armstrong... en un puerto de Tour. Me dijo que quería ver en qué lugar subía al día siguiente. Pues pasé segundo el puerto, yo creo que por la rabia que llevaba encima. En la cena me dio la mano y me felicitó».

Los jóvenes aquel año en el equipo eran David Arroyo, Xavier Florencio y el propio Joaquim Rodríguez. Manolo Saiz quería que su progresión fuese tranquila por lo que a los más jóvenes les preparaba un calendario de 60 o 70 días de competición y muchos de ellos eran para rellenar huecos del equipo. Recién llegado al equipo se ganó su apodo de «Purito», con el que cariñosamente le han seguido llamando la familia ciclista y la afición. Fue en la primera concentración del equipo en Cádiz, cuando tras 180 kilómetros de entrenamiento, atacó en el último repecho dejando rezagados a sus compañeros. Tras abrir hueco, se giró hacia ellos e hizo el gesto de fumarse un puro. «Le pusimos aquella noche el apodo de “Purito”», recuerda Joseba Beloki. «Allí nos demostró que era un jeta profesional, y lo digo con todo el cariño del mundo. Era un tío noble». Por la noche los veteranos se la devolvieron haciéndole dar unas cuantas caladas a un puro.

El equipo ONCE era por aquel entonces el más innovador. Manolo Saiz fue el gran impulsor de las concentraciones de equipo; pionero con su diseño de la «cabra» de contrarreloj, introdujo además el primer potenciómetro en España, así como el entrenamiento en series. «La gente no entendía por qué subíamos y bajábamos una cuesta varias veces», cuenta el exdirector cántabro. Además el equipo fue también precursor en el uso de las emisoras y en la filmación del recorrido de las etapas la víspera desde el coche, para poder visualizarlo antes de salir a correr. Formado en el INEF, Saiz aspiraba a ser preparador físico en un equipo ciclista, pero las estructuras de aquella época estaban lejos de ser lo que son ahora, por lo que acabó siendo director deportivo. Saiz fue uno de los precursores del UCI Pro Tour y durante un largo tiempo presidente de la Asociación Internacional de Grupos Ciclistas Profesionales (AIGCP). El fin de su carrera en el ciclismo se precipitó por su presunta implicación en la Operación Puerto, de la que más adelante sería absuelto. En el equipo de la ONCE solo mandaba él y por tanto asumía todas las responsabilidades. «De vez en cuando escuchabas asustado a

Manolo, porque era muy cañero», recuerda Purito. «Yo no pude vivir a ese Manolo siendo yo líder de equipo o ya formado como buen corredor, porque me fui del equipo con veintitrés años. A pesar de que no lo traté tanto, fue del que más aprendí. A mí me gustaba esa dureza en los directores. No sé si porque mi padre había sido director en esa misma época y me lo había inculcado desde pequeño. Por ejemplo, hubiese pagado por haber tenido a Javier Mínguez de director, tras la experiencia del único Mundial que viví con él como seleccionador. Me encanta. Que me den caña me motiva. Un director que se involucre y que te coja por el maillot cuando haga falta».

Purito logró su primera victoria como profesional en la Escalada a Montjuic de 2001, por delante de su compañero Joseba Beloki. Habría de esperar a 2003 para darse a conocer al mundo con su victoria en la sexta etapa de la prestigiosa París-Niza, entre Toulon y Cannes, por delante de David Latasa y el francés Laurent Brochard. Fue una carrera teñida por la tragedia, tras la muerte del ciclista kazajo Andrei Kivilev del equipo Cofidis durante la segunda etapa. A falta de 40 kilómetros de la meta en St. Étienne, se produjo una caída de tres corredores. Kivilev sufrió una fractura de cráneo y fue trasladado de urgencia al hospital para operarle. Falleció a la mañana siguiente y el pelotón honró su memoria neutralizando la etapa. Tras su muerte comenzó a ser obligatorio el uso del casco, salvo en las etapas que acabasen en alto, en cuyo último puerto los ciclistas podían quitárselo.

Esa temporada, Purito centró los esfuerzos en la preparación de la Vuelta a España, la segunda vez que correría una gran vuelta por etapas después de su debut en el Giro de Italia en 2001. Llegaba con las lecciones aprendidas de la carrera italiana, gracias a Álvaro González de Galdeano, de quien aprendió a colocarse en el pelotón y las pautas de sueño, de comidas y de descanso. La edición de 2003 de la Vuelta contaba con ocho etapas llanas, nueve etapas de montaña, con seis finales en alto, y cuatro contrarreloj: la inicial por equipos de 30 kilómetros, la sexta etapa en

Zaragoza, de 40, la decimotercera en Albacete, de 53, y la final cronoescalada de 12 kilómetros, en el Alto de Abantos, Madrid. La montaña se concentraba en los primeros diez días de carrera en los Pirineos, en las estaciones de Cauterets, Plá de Beret y Envalira y en la parte final con Sierra de la Pandera y con la estación de Sierra Nevada. Fue bien el debut de Joaquim en la carrera española, puesto que el equipo arrancó con victoria en la contrarreloj inaugural de 30 kilómetros, colocando a Igor González de Galdeano como primer líder de la Vuelta. Purito recogió el testigo en el liderato al día siguiente y durante dos etapas consecutivas. En la octava etapa, con final en Plá de Beret, en el Pirineo catalán, logró su primera victoria de las 14 que conseguiría a lo largo de su carrera en grandes vueltas. Formaba parte de la escapada del día, que se había formado en las rampas del Col d'Aspin, con Joan Horrach, Aitor Osa, Josep Jufre, Eladio Jiménez, Denis Lunghi, Unai Etxebarria, José Lara y Constantino Zaballa. Por detrás su equipo controlaba los movimientos de US Postal y Fassa Bortolo, con Isidro Nozal ya como líder de la carrera.

El Imbatido

Aquella misma temporada, un corredor del Kelme, de veintitrés años, venía siendo la revelación desde el mes de febrero. El murciano Alejandro Valverde (Las Lumberas, Murcia, 1980) había logrado seis podios hasta su primera victoria en la tercera etapa de la Vuelta al País Vasco, en abril. Ganaría además la clásica de Amorebieta por delante del asturiano Samuel Sánchez, que por aquel entonces tenía veinticinco años, y de Nicki Sorensen. En el mes de julio ganó un par de etapas del Trofeu Joaquim Agostinho y la Clásica de Ordizia en el mes de agosto. Se graduó en la Vuelta a España, en la que fue la sensación de la carrera con sendas victorias en la novena etapa, con final en el Puerto de Envalira, y en la decimoquinta, en la Sierra de la Pandera, y el tercer puesto de

la clasificación general. «¡Cómo va Valverde!», se admiraba *El País*, en cuya crónica, Carlos Arribas le presentaba como «la última maravilla del ciclismo español, un Jalabert rejuvenecido, revivido con acento murciano y menos pelo, un Vandenbroucke sin necesidad de psicoanalista». «Aquellos años fueron duros», confiesa Valverde. «Apenas disfrutaba. La gente esperaba mucho de mí y la presión era enorme para lo joven que era. Al final quieres ganar por la gente, por ti, por conseguir un buen contrato... terminaba las temporadas agotado tanto física como mentalmente». Las crónicas le señalaban como el futuro Miguel Indurain, un listón que enorgullece a la vez que oprime. La nostálgica España ciclista por fin tenía una figura con visos de convertirse en un gran campeón.

Alguien que llega al profesionalismo bajo el apodo de «El Imbatido», apunta maneras. Valverde llegaba además avalado por un currículum de victorias que se remontaba a sus inicios con nueve años en los equipos de la escuela de Puente Tocinos y de Santomera, en los que acumularía medio centenar de victorias. Su padre, Juan, camionero que había descubierto tarde la bicicleta pero que disfrutaba compitiendo en categoría veteranos, es el responsable de la pasión por el ciclismo de Alejandro y de su hermano mayor Juan Francisco. El Alejandro de entonces era un chaval gordito al que su padre animaba a que entrenase con él para ver si perdía algún kilo. Subiendo una y otra vez la calle en la que vivían en Las Lumbreras, su padre pronto se dio cuenta de que su hijo necesitaba carreras en las que dar alas a su pasión. Se acostumbró a ganar desde su segunda carrera de junior y fue el mejor en cadetes y en *amateur*. En profesionales no ha habido temporada que se le haya resistido y cuenta con 127 victorias, entre las que destacan el Mundial de Ciclismo de Innsbruck, la Vuelta a España 2009, cuatro victorias en el «monumento» Lieja-Bastogne-Lieja y cinco en la clásica Flecha Valona, además de un podio en el Tour de Francia y en el Giro de Italia.

«Yo creo que lo mío, mi facilidad para ganar carreras de todo tipo, es genético, que todo viene de mi padre, que en cuanto em-

pezó a competir en carreras de veteranos ya empezó ganando. Y yo también empecé ganando, aunque mi primera carrera quedé segundo. Fue en Jumilla. Tenía nueve años y una bicicleta MBK azul, y ya estaba en la escuela de ciclismo. Y mi hermano, que también corre en bicicleta, también gana carreras», le confesaría al periodista Carlos Arribas en *El País* a finales de la temporada 2003. Hacía pocos días que había ganado la medalla de plata en el Mundial de Hamilton, Canadá, en el que Igor Astarloa se proclamó campeón del mundo. El murciano llevaba meses dejando boquiabierto a la afición en su segundo año como ciclista profesional, siendo capaz de ganar en la montaña más dura de la Vuelta a España y de imponerse en el esprint del Mundial por delante del ganador del Tour de Flandes y de la París-Roubaix de aquel año, Peter van Petegem, y de Paolo Bettini, ganador de la Milán-San Remo en el mes de marzo. Basta con echar un vistazo a los rivales de Valverde a lo largo de su carrera para apreciar su versatilidad y longevidad: desde clasicómanos como el propio Bettini, Philippe Gilbert, Danilo di Luca, a esprinteres como Alessandro Pettachi y Óscar Freire; hasta a escaladores como Cadel Evans, Ivan Basso, Alberto Contador, Chris Froome, Samuel Sánchez, Vincenzo Nibali, Thibaut Pinot o Romain Bardet, y más recientemente Primoz Roglic.

Valverde pasó con quince años a cadetes, de la mano de Manuel López, de profesión carpintero, pero cazatalentos, director y entrenador en sus ratos libres para el equipo Azulejos Joaquín Ramos. Allí pasaría tres temporadas. Logró victorias importantes también en la pista siendo campeón nacional en las modalidades de velocidad, persecución individual y persecución olímpica, sumando a su título de campeón de España de fondo de carretera el de primero del *ranking* de la Federación Española de Ciclismo y el de ganador de la Copa de España sub 23.

En 1999 le contactó el equipo navarro *amateur* Banesto y no lo dudó. Dio el salto a *amateur* en una de las mejores escuelas, en la que coincidió con los que serían sus compañeros y fieles grega-

rios en Caisse d'Épargne años después, Xabier Zandio y Rubén Plaza. El equipo se creó como filial del Banesto en 1996, coincidiendo con el último año como ciclista profesional de Miguel Indurain y con la ambición de formar a los jóvenes talentos del futuro. En sus filas militaron Carlos Sastre, Igor Astarloa, Txente García Acosta, Pablo Lastras, Igor González de Galdeano, Iban Mayo, Chechu Rubiera, Denis Menchov, Francisco Mancebo y Unai Osa, entre otros, dirigidos por Alfonso Galilea. «Mi primer recuerdo en *amateur* es la primera prueba de esfuerzo con el equipo, en la que me dijeron que tenía que perder peso», cuenta Valverde. «Esa fue mi primera transformación, de pesar 73 kilos a quedarme en 64 de un año para otro. No sufrí mucho con la dieta, a pesar de que era estricta, la seguí a rajatabla. Desde entonces oscilo entre los 62 kilos en competición y los 66 fuera de temporada». Como al resto, en aquellos primeros meses en *amateur* todo le llamaba la atención. «Llevábamos los mismos materiales que el equipo profesional: las bicicletas Pinarello, la misma ropa de calle de Adidas, misma equipación, mismos cascos, gafas». La distancia era lo que peor llevaba, dado que a pesar de que Banesto contaba con una residencia en el centro de Pamplona —que el equipo profesional ha seguido utilizando para sus pruebas de esfuerzo— en la que se podían quedar los corredores venidos de fuera, él se reconoce «más casero» y prefería volver a su casa y regresar cada fin de semana a competir. Con él viajaba una hornada de corredores murcianos y alicantinos como Cayetano Juliá, Jordi Gil, Rubén Plaza. Tras una temporada en Navarra le tentó el Kelme, a través de Paco Moya, director del equipo *amateur*, y del presidente del Grupo Deportivo Kelme, Pepe Quiles, con una oferta para fichar por el equipo alicantino. Esta nueva escuadra le permitiría correr más cerca de casa y evitar los largos desplazamientos hasta Navarra y le ofrecía además el ticket de entrada al profesionalismo en dos años. Quiles le presentaría ya enfundado en el maillot verdiblanco en el hotel Meliá de Alicante, como «la futura figura mundial». «Yo creo que un año

antes estaba ya listo para profesionales, pero pienso que pasé en el momento oportuno porque el tercer año en *amateur* fue cuando exploté y logré alrededor de quince victorias, y me sirvió mucho como aprendizaje y para preparar más el cuerpo para el salto de categoría», afirma Valverde.

El Kelme era uno de los equipos más longevos del panorama ciclista, heredero del Transmallorca-Flavia-Gios en el año 1980. Desapareció en 2006 bajo la denominación de Comunidad Valenciana, herido de muerte por la Operación Puerto. Valverde compitió tres años en el equipo alicantino, de los seis que llegó a negociar, al prorrogar su contrato más allá de 2006 durante su excelente Vuelta a España en 2003. Su salida del equipo se precipitaría en la temporada 2005, cuando regresaría con el equipo navarro, esta vez en profesionales y bajo la denominación Illes Balears-Caisse d'Epargne.

El primer año de profesional, en 2002, el director del equipo Vicente Belda ya le alistó en pruebas de renombre, para que fuese haciendo escuela: Tirreno-Adriático, Milán-San Remo, Vuelta al País Vasco, Tour de Romandía, Vuelta a Cataluña, Clásica de Ordizia, Circuito de Getxo, Clásica de San Sebastián, Vuelta a Burgos y Vuelta a España. Generalmente, se procura no «quemar» a las jóvenes promesas en su primer año como profesional con un calendario cargado de carreras a la altura de los más grandes. Con Valverde no fue así. «Las primeras carreras en profesionales fueron frustrantes, porque entrenaba tanto que ya llegué a Mallorca con una lesión en la rodilla izquierda. En la concentración previa que tuvimos en Santa Pola apenas podía entrenar. Era joven, se esperaba mucho de mí y con las lesiones parecía que no iba a funcionar. Cuando eres joven todas estas críticas o dudas las llevas mal». En la Challenge de Mallorca se tuvo que retirar, pero en el Trofeo Luis Puig, celebrado en el mes de febrero, ganó las metas volantes y en la Vuelta a Murcia, unas semanas más tarde, hizo lo mismo, disputándoselas al italiano Danilo di Luca. Eran tiempos en los que en el ciclismo no estaba todo tan medido como ahora. Los

más jóvenes entrenaban un poco «a lo loco», en muchas ocasiones entrenando mucho más de la cuenta. La primera temporada en blanco le valió para tantear el terreno y asumir que en profesionales no se ganaba tan fácilmente como en categorías inferiores.

El de Pinto

Mientras Purito y el nuevo «Bala Verde», apodo con el que se bautizó a Valverde en sus primeros años de profesional, ganaban en París-Niza, en País Vasco y en la Vuelta a España en el año 2003, el madrileño Alberto Contador (1982, Pinto, Madrid) debutaba como profesional de la mano de Manolo Saiz en el equipo ONCE. Su calendario de debut fue muy distinto al de Valverde, fiel al estilo de Saiz de ir enseñándoles el oficio poco a poco. «Alberto fue líder desde que llegó al equipo», recuerda su excompañero Joseba Beloki. «Lo tenía todo muy claro desde el principio. Yo compartí habitación con él varias veces y no era como los demás jóvenes a los que puedes dar tu punto de vista desde la experiencia, a él era muy difícil enseñarle nada. Recuerdo su debut en el Tour de Francia de 2005, en el que en una etapa había bajado al coche a coger bidones para todo el equipo cuando nos pilló viento de costado y en mitad del látigo decidió tirarlos al suelo. Nos reímos mucho porque hay que tenerlos bien puestos para tirar todos los bidones de tus compañeros». El que estaba llamado a ser el mejor vueltómano del ciclismo español, con permiso de Miguel Indurain, por sus victorias en las tres grandes vueltas, haría gala desde el principio de su tesón, de sus cualidades físicas y de una marcada ambición por ganar. «Cuando algo no le salía bien, se agarraba unos buenos rebotes. Me gustaba porque tenía carácter y sabía defender lo suyo», concluye Beloki.

Desde que decidiese dejar sus estudios para dedicarse al ciclismo, Contador comenzó a cuidarse como un profesional. Cambió el fútbol y el atletismo por el ciclismo gracias a su her-

mano mayor, Francisco, al que acompañaba de vez en cuando en sus entrenamientos y del que heredó la Orbea con la que se iniciaría en entrenamientos más serios. Pronto llegaron las ganas de competir y para ello se apuntó al equipo de su pueblo, la Unión Ciclista de Pinto, donde pasaría dos años de cadete y el primero de juvenil. Fichó por uno de los clubes más longevos de Madrid, el Real Velo Club Portillo, que actualmente solo conserva un grupo cicloturista de las escuelas y los equipos con los que contaba en competición y por los que pasaron ilustres como Federico Martín Bahamontes, Julián Berrendero y Agustín Tammes. El RVC Portillo tenía invitaciones para correr en País Vasco y Cantabria, carreras en las que Contador podía exprimir todo su potencial. «Ese año en nuestro equipo estuvo en su salsa, rodeado de un buen equipo, podía centrarse en disputar los premios de montaña, era incluso ansioso en ese sentido. Tenía potencial para ganar carreras, pero era capaz de dilapidar sus opciones por una subida», cuenta su director en el equipo Carlos Rosado al escritor Juanma Muraday, en el libro *Alberto Contador: tres sueños cumplidos*. Fue allí donde se ganó el apodo de Pantani. «Alberto disputaba a muerte los premios de montaña. Y los ganaba siempre. Más de una vez le pasó que gastaba tantas fuerzas en la montaña que luego le costaba un mundo terminar la carrera», recordaba su compañero por aquel entonces y exciclista profesional Carlos Abellán tras su primera victoria en el Tour de Francia.

En su segundo año de juvenil empezaron a llegar las victorias: Trofeo de Colmenarejo, Trofeo Industrial de Paracuellos, la Subida al Puerto de Navafría y el Hoyo de Pinares. En el equipo madrileño conoció a Jesús Hernández, del que terminaría siendo amigo íntimo, y Hernández su gregario más fiel. Siguiendo sus pasos haría las maletas para viajar hasta el País Vasco, para dar el salto a la categoría *amateur* en el equipo Iberdrola. «Recuerdo una concentración que tuvieron en junio con el equipo Portillo cuando yo estaba en mi primer año en Iberdrola; me acerqué a verles y cuando Alberto me vio aparecer con mi bicicleta Giant, mi equipación de la

ONCE y todo el material que nos daba Manolo, me dijo “yo el año que viene tengo que estar ahí”», cuenta Hernández.

Del dicho al hecho. «Acercándonos a la siguiente temporada, Juan González, el director del equipo, me preguntó por él porque le estaban ofreciendo a varios corredores madrileños y yo recuerdo que solo le dije: “Sube muchísimo”». Contador se instaló en el mismo piso en el que había vivido Purito unos años antes, esta vez acompañado por el hermano menor del catalán, Alberto, por Dani Navarro, Jordi Grau y Hernández, entre otros. Recuerda Jesús que aquel piso «era un desastre», por lo que limitaban su estancia allí a los fines de semana hipotecándose al pagar de su bolsillo tanto traslado. Subían en su coche, ya que en aquella época Alberto aún no tenía vehículo propio, y en Segovia recogían a Iván Melero. Fue en esa época de viajes y de compartir piso en la que forjaron su amistad. «Nos trataron muy bien en País Vasco», recuerda. «Nos hicimos amigos de la de la panadería, que nos daba los bollos que sobraban sin vender al final de día; del dueño del videoclub que nos alquilaba las películas gratis y del restaurante donde íbamos a comer y en el que podíamos jugar al billar o al fútbolín».

No le costó mucho la adaptación a la categoría. Ese 2001, con dieciocho años, ganó la Subida a Gorla, su pasaporte definitivo para pasar a profesionales, aunque aún tuvo que esperar un año más en *amateur*, en el recién creado equipo Würth. «Por aquellos años tenía una ilusión tremenda», recuerda Manolo Saiz. «Era trabajador y tenía claro que quería ser profesional. Había detalles en él que hacían ver que era un corredor global, como su victoria en el Campeonato de España de Contrarreloj sub 23 en su segundo año de *amateur*. Además recuperaba muy bien y tenía una calidad muscular extraordinaria». En el nuevo equipo Würth, esta vez filial oficial del equipo ONCE y con sede en Torrelavega, Saiz reunió a los mejores jóvenes del panorama ciclista, como Luis León Sánchez, Dani Navarro, Alberto Contador, Jesús Hernández y Vidal Celis. Dirigirían el equipo Juan González y Alberto Leanizbarrutia.

Reflejo de ese «corredor global» al que hacía referencia Saiz fue su primera victoria esa temporada en la Vuelta al Bidasoa. Tuvo lugar en la cuarta etapa, en una jornada de doble sector, en la que se impuso por la mañana en la montaña y por la tarde en la contrarreloj. Unos meses más tarde se impondría en el Campeonato de España sub 23 de contrarreloj. Tras su victoria en el mes de julio en la prestigiosa Cronoescalada a Santiagomendi, en el mes de septiembre se precipitó su paso como *stagiaire* al equipo ONCE, sabedor Manolo Saiz del interés del equipo Coast por el joven corredor madrileño.

El día de la concentración del equipo Würth en el mes de octubre, Juan González desveló a Jesús Hernández su intención de pasar a profesionales a Contador. En el momento de posar para las fotos oficiales del equipo, Saiz dijo a Contador que se apartase del grupo porque él se la tenía que hacer con el equipo profesional. La felicidad del pinteño fue inmensa. En ese primer año compartiría equipo con los hermanos Beloki, Isidro Nozal, Marcos Serrano, Ángel Vicioso, Xavi Florencio, David Arroyo, los hermanos Galdeano, Rafa Díaz Justo, Allan Davis, Koldo Gil y el que sería su rival en unos años, Joaquim Rodríguez, aunque con el catalán apenas coincidiría. Cuenta Jesús que el Contador de aquellos tiempos no ha cambiado en nada con los años. «De lo mucho que se cuidaba y entrenaba la gente decía: “El de Pinto se va a quemar, entrena demasiado”... y fíjate». El madrileño tenía ya un marcado carácter obstinado y ambicioso que derivaría en el «querer es poder», que años más tarde, fruto de la dificultad, convirtió en su lema.

Aire fresco

Mientras estos jóvenes se van abriendo hueco en el profesionalismo, otros españoles continúan dando alegrías a la afición en el mejor escaparate posible, el Tour de Francia. La carrera cumplía